

LA CIUDAD Y LOS PERROS

Escribe: HERNANDO VALENCIA GOELKEL

El autor de "La ciudad y los perros", Mario Vargas Llosa, nació en Arequipa en 1936. La novela obtuvo en 1962 el premio "Biblioteca Breve", otorgado anualmente por la Editorial Seix Barral, de Barcelona. El tema es la vida de un grupo de alumnos de último año en el Colegio Militar Leoncio Prado, de Lima.

Una fiesta en el colegio, con ceremonias varias y ejercicios de gimnasia:

Atención al pito. "Evoluciones sin voz de mando", decía el micro, "cambios de dirección y de paso", "de frente marchen". Y ahora los barristas, espero que se hayan lavado bien el cuerpo, carcosos. Una, dos, tres, vayan al paso ligero y saluden. Ese enano es bueno en la barra, casi no tiene músculos y sin embargo qué ágil. Al coronel tampoco lo veíamos pero ni hacía falta, lo conozco de memoria, para qué echarse tanta gomina con semejantes cerdas, no vengan a hablarme de porte militar cuando pienso en el coronel, se suelta el cinturón y el vientre se le derrama por el suelo, qué risa la cara que puso. Creo que lo único que le gusta son las actuaciones y los desfiles, miren a mis muchachos qué igualitos están, tachín, tachín, comienza el circo, y ahora mis perros amaestrados, mis pulgas, las elefantas equilibristas, tachín, tachín. Con esa vocecita yo fumaría todo el tiempo para volverme ronco, no es una voz militar. Nunca lo he visto en una campaña, ni lo imagino en una trinchera, pero eso sí, más y más actuaciones, esa tercera fila está torcida cadetes, más atención oficiales, falta armonía en los movimientos, marcialidad y compostura, gran baboso, la cara que habrás puesto cuando lo de la sogá. Dicen que el ministro transpiraba y que le dijo al coronel, "esos carajos se han vuelto locos, o qué?"

Esta es una buena muestra del estilo de Vargas Llosa. No es sino una muestra y, por tanto, es insatisfactoria: un estilo actúa aluvialmente, de modo acumulativo; el lector se sumerge en él, y él lo impregna y lo satura. (No querría que estos verbos fueran tomados metafóricamente). Mas la primera evidencia que el libro suministra, y desde la primera línea hasta la frase final, es la de que hemos dado con un escritor que

sabe escribir, que posee un oficio (o un secreto) compartido por muy pocos de los novelistas contemporáneos en español. Vargas Llosa puede crear un diálogo; la voz de sus personajes es audible y es eficaz; y el diálogo es uno de los más tercos problemas técnicos con que tropieza el escritor en nuestro idioma; véase, por ejemplo, el relativo fracaso de un intento tan severo como el de Rafael Sánchez Ferlosio en su novela "El Jarama" (1956).

En "La ciudad y los perros", el estilo adopta varias maneras; los episodios aparecen desde diversas perspectivas; lo clásico del novelista, del narrador, impersonal, en tercera persona; los monólogos del Boa, las reminiscencias del Jaguar. Cada una de esas maneras desempeña una función expresiva concreta y, por lo tanto, todas son diferentes: metódica, deliberadamente distintas. Ahora bien: una indicación del talento de Vargas Llosa es que todas ellas se conciertan para integrar un solo estilo. Hablando de cine, un amigo mío anota: "Si al salir la gente dice: Qué buena fotografía!, es porque el film es malo". La observación es aplicable a la novela. Decimos: Qué buena prosa!, cuando en el libro no hay estructura; Qué buenas descripciones!, cuando los diálogos son ineptos. En Colombia, con secreto desconsuelo, seguimos refiriéndonos aún a asuntos como el casticismo de Tomás Carrasquilla; pero sabemos ya muy bien (¿sí lo sabremos?) que encomiar a una novela por su lenguaje castizo es una modalidad torva de la injuria.

Hay, claro, el último recurso, patético ya: Ah! Pero hay que haber vivido allí, hay que conocer esos tipos, que saber algo del "medio" o del "temperamento", para poder apreciar la obra de Fulano. Un argumento irrefutable, y final; si uno no comparte la dignidad nacional o regional, queda también exonerado de participar en los cultos reverenciales de la localidad. Pero volvamos a Vargas Llosa. En su libro hay muchos localismos cuyo significado desconozco; tampoco he estado nunca en Lima, ni en una academia militar. Es deprimente recalcar estos lugares comunes; decir, una vez más, que el lenguaje literario es, precisamente, lo opuesto a los lenguajes privados, y que la literatura es creación porque intenta prescindir del mayor número de supuestos previos, de complicidades. En "La ciudad y los perros" hay cuatro o cinco personajes, unas calles, un colegio; yo ahora conozco esos seres imaginarios, esas calles, esa institución; Vargas Llosa me los ha mostrado, a mí, que soy solo su hipócrita lector, no su compañero ni su hermano; este y aquel no requieren, acaso, la mediación de la literatura.

En el Leoncio Prado, los alumnos de último año son cadetes; los de primero son "perros". Las novatadas, ese rito de tantas instituciones semejantes, son particularmente bárbaras allí; pero no más bárbaras ni más repulsivas que costumbres similares en los colegios aristocráticos ingleses. Solo que en sociedades como las nuestras estas cosas no tienen el respaldo de un fetichismo tradicional ni se basan en un espíritu deportivo clasista. "La ciudad y los perros" relata la evolución de un grupo que, encabezado por un muchacho valiente, el Jaguar, rechazó el "bautizo", la novatada. En un certamen de fuerza, lograron ser los más fuertes. Pero ese despliegue violento se prolonga, se vuelve institucional; a espaldas de los oficiales que lo dirigen, el colégio vive su vida secreta. Es una pequeña colectividad

casi hermética. Las normas, los valores, los modales, el vocabulario son de una ferocidad y de un ritualismo maniáticos. Todo en el mundo exterior parece laxo, frente a esa codificación escolástica y arbitraria, erigida por el grupo para regir su conducta. En "El señor de las moscas", William Golding relata la vuelta al salvajismo de unos niños ingleses, extraviados en una isla desierta. Como pintura de una deformación, el libro de Vargas Llosa es más agudo y más inquietante que el de Golding. En primer lugar, carece de intenciones alegóricas; Vargas Llosa no se refiere a la naturaleza humana, sino a unos muchachos del Perú. En segundo término, la situación imaginada por Golding es excepcional, es una utopía al revés; la historia de "La ciudad y los perros" tiene el contexto y los atributos aparentes de lo cotidiano, de lo normal.

En unas maniobras, el cadete Ricardo Arana aparece con un disparo en el cráneo. A Arana lo llamaban El Esclavo; desde el primer día había mostrado una singular incompetencia para adaptarse a ese círculo peculiar donde sus padres lo incrustaron. Carecía de aptitudes y de ambiciones para el mando, y era también incapaz de la contemporización y del mimetismo; era la víctima permanente; en el cadete Arana sobrevivía, íntegro, el "perro". Vargas Llosa nos lo muestra; a él, y al Jaguar, y a Boa, el de los monólogos, y a Escobar, a quien llamaban el Poeta ("Tú vas a ser un poeta?"), dice el Esclavo. "Estás cojudo?" Voy a ser ingeniero"). Junto a ellos, una muchacha, Teresa; las inquietas familias; un oficial, el teniente Gamboa; amistades remotas. Con la muerte del Esclavo la novela se corta en dos; del ámbito claustrofóbico del colegio salimos a territorio de los adultos; ahí la novela decae. La segunda parte se ocupa de un asunto distinto: los compromisos, las concesiones que una sociedad exige a los individuos, sobre todo a los jóvenes, para incorporarlos dentro de sistemas establecidos y razonablemente sólidos. Es el proceso de ensuciarse las manos; con el Esclavo mueren también la pureza feroz del Jaguar, la pureza obtusa de Gamboa, la cauta pureza de Escobar. Lo mejor, en esa segunda parte, es el oculto Jaguar agazapado; el acecho detrás de toda la mitología de la infancia, invisibles la garra y las pupilas entre el vaho sentimental de *le vert paradis del amour enfantines*. Los intransigentes y los exaltados claudican ante un orden que, viscoso y tolerante, se cierra sobre el antiguo orden grotesco de Leoncio Prado, hasta que nada subsiste de él, y menos que nada el recuerdo superfluo del Esclavo.

Insisto en que esta otra mitad de la novela, cuando, por así decirlo, se pasa del mundo tribal al mundo social, es la menos interesante. Puede parecer frivolidad, pero cuando se plantea un problema ético de tales dimensiones —el problema de la responsabilidad— su planteamiento resulta trivial comparado con el del comienzo: esa inocente podredumbre, ese complicado andamiaje levantado, con fervor y con torpeza, como negación de las otras estructuras, de los valores, fingidos o reales, del mundo exterior. Es aquí donde Vargas Llosa demuestra ser un novelista, y donde su manejo del idioma revela toda su efectividad. Como creación verbal —y el tema, claro está, también sugiere la comparación— habría que pensar en la pirotecnia de *The catcher in the rye*. Solo que Holden Caulfield, el personaje de Salinger, vive en un medio que permite todos los lujos y todas las gracias, inclusive la del lenguaje. En cambio, el que nos muestra Vargas Llosa es un mundo de la necesidad; hijo de ricos, el Poeta es en él

un intruso, aunque solo hasta cierto punto; en última instancia, él es el único que se suple de la aberrante pesadilla del colegio militar; de ella sale fortificado; la dureza y la rapacidad de su linaje, que por un momento parecieron vacilar, han quedado consolidadas. En cuanto vuelve a casa ve de inmediato, como dice Vargas Llosa, que "ha recuperado su porvenir".

Pero de seguro que estas cosas son secundarias; lo que cuenta en "La ciudad y los perros" es el arte de un lenguaje. Palabras claras, tersas, vivas. Vargas Llosa nos hace caer en cuenta de que habíamos olvidado no solo el hablar sino también el oír: "Y yo le dije: 'Jaguar, no está bien eso de agarrárselas con un muerto: por qué no le hacemos un zumbido?'. Y él me dijo: 'Mejor te callas, eres muy bruto y solo sabes decir estupideces. Cuidado con dirigirme la palabra si no te pregunto algo'. Debe estar enfermo, esas no son maneras de persona sana, enfermo de la cabeza, loco perdido. No creas que necesito juntarme contigo, Jaguar, he andado detrás tuyo para pasar el tiempo pero no me hace falta ya, dentro de poco se termina este merengue y no nos veremos más las caras".